Cristóbal Colón

¿Se llamaba Salvador Gonsalvez Zarco?

Por Antonio Iraizos

No vale la pena de descubrir un mundo, si el premio de tantos sinsabores e infortunios ha de ser, como en el caso de Cristóbal Colón, el persistente afán de poner en limpio los trapos sucios de la familia. Los historiadores y eruditos, unas veces para demostrar que era genovés, como él reiteradamente declaró, y otras para demostrar que no lo era, han puesto al gran Almirante como chupa de dómine. A nuestro pobre Colón lo han hecho gallego, lo han hecho catalán, lo han hecho extremeño, y no lo han hecho comunista porque todavía en la Cámara de Representantes los miembros de este partido no han brindado una interpretación de don Cristóbal. Faltaba que se hiciera portugués al ilustre navegante. Y en 1927, dos investigadores lusitanos, agudos en la dialéctica: Santos Ferreira y Antonio Ferreira de Serpa, con acopio de datos y sugerencias, han sostenido la nueva tesis, en verdad más firme que muchas otras, ya que la vida de Cristóbal Colón está muy ligada a Portugal por diversos motivos.

Según ellos, Cristóbal Colón no se llamaba así, se llamaba Salvador Gonsalvez Zarco; y latente dejó este verdadero nombre suyo en el jeroglífico que usaba como firma. Debió nacer en las islas Madeiras, en 1456: y de no haber sido así, por lo menos era de sangre portuguesa. El denso misterio que envuelve su origen, las distintas mentiras que sobre su vida aseguró, ocultan una página de amor ilegal, que debió estremecer el núcleo de la grandeza a que pertenecían sus progenitores.

Los Gonsalvez Zarco descienden del primer donatario de Funchal,—capital de las Madeiras—, familia ilustre creada por un servidor del infante don Enrique que en feudo recibió dichas islas. Cierta nieta de don Juan Gonsalvez Zarco tuvo amores clandestinos con altísimo personaje, de real estirpe: el Infante don Fernando. El escándalo de la doncella era preciso ahogarlo. Encinta la muchacha, se le esconde en lo abrupto o es llevada a Génova para que dé a luz. El hijo que nace es nada menos que Cristóbal Colón, y Colón, fruto de tales aventuras pasionales, tuvo que callar su verdadera procedencia, ocultar su infancia, caer en determinadas falsedades. De aquí parte la hipótesis. La interpretación de ese Cristo ferens y otras letras cabalísticas, vertidas al latín y al hebreo, que usó en su firma y rúbrica, quieren decir Salvador Gonsalvez Zarco.

Es un hecho indudable que se casó con una portuguesa en las mismas Madeiras, en 1475, a los diecinueve años. Su mujer, doña Felipa Monis de Melo,—hija de Bartolomé Perestrelo y de doña Isabel Monís—, era dama de noble familia, de alcurnia tan principal, sobre todo por su madre, que nunca hubiese puesto los ojos en don Cristóbal de no saber que éste venía también de gente linajuda.

Sábese que el descubridor de América habitaba en Funchal en el palacio del rico flamenco Juan Esmeraldo, emparentado con grandes familias de Flandes, del Artois y de la Picardía. El biógrafo Harrisse ha escrito que "el edificio era

demasiado suntuoso para ser habitado por un pobre aventurero como Colón". Poco tiempo después, se alojó como huésped y protegido, en casa del duque de Medinaceli. Por lo tanto, cabe pensar que, aunque pobre, buena sangre corría por sus venas cuando tales atenciones lograba.

Doña Felipa Monís estaba en el Convento de Todos los Santos, adonde el Almirante iba a oír misa. Allí se conocieron y amaron. El padre de doña Felipa, Perestrelo, era también persona de calidad, capitán o donatario de la Isla de Porto Santo. La madre de doña Felipa superaba a éste en hidalguía, pues era familiar de un condestable de la casa de Braganza, próximos al trono que habían de ocupar ciento setenta años después. Se casaron en Vila de Machico en los primeros meses de 1474; y, a fines de ese año, en Montalbán, nació su primogénito don Diego Colón, segundo almirante de las Indias. El joven don Cristóbal era de tez rosada, ojos azules claros, cabellos casi rubios, buena presencia y nada ofrecía su tipo que lo asemejara al tipo de judío, como también se ha supuesto que era.

Los investigadores portugueses resaltan el hecho de que le puso San Salvador a la primera tierra que descubrió en nuestro Continente porque ese era el santo de su nombre; y descifran todas las letras de su firma complicadísima para demostrar que en ella se expresa, de modo velado, Salvador Gonsalvez Zarco. La tesis lusitana nos sumerge en un nuevo abismo de la erudición histórica, pero, ciertamente, entre tantas suposiciones, algunas traídas por los pelos, para que Colón resulte gallego o resulte catalán, la que más se ajusta a cuantos hechos tenemos por firmes en la vida del gran navegante, la que más se vincula a la realidad histórica, es ésta, muy poco divulgada en América, y que nos presenta un Colón anterior a su descubrimiento extraordinario dentro de ciertas líneas humanas que están más de acuerdo con el espíritu de aquella época, con los prejuicios sociales que entonces prevalecían. El casamiento de Colón, sabiendo la prosapia de doña Felipa, no puede explicarse viendo en él un cartógrafo modesto, un marino de tercer orden, y mucho menos un aventurero, un cardador de lana o un expendedor de vinos en Génova. Un tabernero o un trasquilador de cabras nunca hubiera podido casarse con doña Felipa.

La vida amorosa de don Cristóbal también nos lleva a no ver en él la figura mendicante del infeliz que acompañado de su hijo, chicuelo aún, toca una noche la puerta del Convento de la Rábida entre celajes desoladores y retumbar del trueno, como en el último acto de Rigoletto, para pedir albergue y pan, episodio célebre ilustrado por los pintores románticos, y que se nos ha grabado en la imaginación muy fuertemente. No, don Cristóbal podría tener la intuición de un camino hacia las Indias por un rumbo incierto; vivir enamorado de sus ideas, encontrar gravísimas dificultades para el apoyo que su empresa requería, mas no fué tanto su infortunio que no pudiese llegar siempre a los pies de los tronos, a los palacios de los grandes, a los gabinetes de los sabios. En sus amores, después de viudo, vemos que no buscó a la mujer fácil y plebeya, sino que se dirigió a damas de calidad, y de ellas obtuvo favores. Su hijo natural don Fernando, más inteligente que el legítimo don Diego, húbolo en Córdoba con una doncella de

categoría y linaje, doña Beatriz Enríquez, el 15 de agosto de 1488. Colón, en su testamento, ordena a su hijo don Diego, que haya encomienda para Beatriz "que la provea, que pueda vivir honestamente, como persona a quien yo soy en tanto cargo, e esto se faga por mi descargo de la conciencia, porque esto pesa mucho para mi ánima. La razón dello non es lícito de la escrebir aquí."

Doña Beatriz era hermana de Pedro de Arana, que mandó uno de los buques en el tercer viaje a la América, y prima de Rodrigo de Arana, Alguacil Mayor, todos hidalgos cordobeses. Estos amores comenzaron en el otoño de 1487. Doña Beatriz estaban un poco "jamona" ya. Pasaba de los cuarenta años... El Gran Almirante nunca la mencionó en sus cartas. En el Diario de Navegación del primer viaje, el 14 de febrero de 1493, en un momento de tristeza, se lamenta Colón de estar alejado de sus dos hijos, que "los dejaba huérfanos de padre y madre en tierra extraña". Sin embargo, en 1493, aun vivía Beatriz Enríquez, que murió, quizá, veinte años después. ¿Por qué calificó entonces el Descubridor a sus 2 hijos como huérfanos de padre y madre? Posiblemente no dedicó a doña Beatriz las preferencias de su alma. Fué cosa de instinto, rápida, material y nos explicamos que en su testamento la recomiende para que se le provea y pueda vivir con honestidad, y nos declare que todo ello "pesa mucho para su ánima"... Es una página muy humana que no resta nada a su gloria, porque son siempre nuestros errores, nuestras faltas, nuestras debilidades, más que nuestras virtudes, las que nos hacen hombres.

No obstante lo extensa y prolija de la bibliografía colombiana, aún queda mucho por investigar y por deducir. El aporte portugués al esclarecimiento de tan grande figura histórica, las fuentes de noticias que ellos conservan, todavía no se han calibrado debidamente. Portugal tiene sus navegantes excelsos de aquella etapa, glorias suyas indiscutibles, que tan principalmente contribuyen a darle mayor amplitud al mundo conocido. Ha podido soslayar y ver a Colón por debajo de su Vasco de Gama, de su Alvarez Cabral. Por dicha época, el reino luso sabe, como ningún otro país, los secretos del mar tenebroso. Sus expedicionarios van respondiendo a ideas científicas, a la investigación mejor conducida. Lo que Colón propuso en la Corte de Juan II no podía ser aceptado. En los cálculos de sus cartógrafos y navegantes para nada entraba la casualidad. Entonces, como ahora, ir a las Indias Orientales por el camino que quería Colón significaba un absurdo. La casualidad, lo que no se sospechaba, dió a Colón y dió a España una fama y un dominio que han sido asombros del mundo: la América. Los portugueses encontraron lo que buscaban. Colón encontró lo que no podía sospecharse. Desde entonces, la Ciencia pudo aprender que no debe desecharse ninguna hipótesis sin previa investigación, porque hay en el camino de la humanidad un cúmulo de imprevistas verdades, donde el hombre casualmente tropieza con ellas, como puede tropezar con una piedra.

...¡Ah! Y si algún día se confirma que Cristóbal Colón se llamaba realmente Salvador Gonsalvez Zarco, y su nacimiento motivado por una falta bochornosa, seguiremos llamándole lo mismo y apreciándolo igualmente; no hemos de hacer con él lo que con las calles: han tenido tantos nombres y se los hemos cambiado tantas veces, que hemos acabado por no saber cómo se llaman.

Habana, febrero de 1942.